

Pobreza, renta básica universal y post-marxismo

Daniel Centrón Antuña

Introducción

Los estudios acerca de la pobreza que se limitan a un ámbito meramente teórico solamente pueden ser tachados de frívolos. Algo similar ocurre, aunque de forma más encubierta, con aquellos que no la definen ni llevan a cabo precisiones teóricas en nombre de la casuística. Esta dicotomía tendrá que ser superada, y así lo pretenderé en las siguientes líneas, en las que esbozo un análisis de la pobreza que no incorpora en su haber una sucinta definición, sino que se construye desde los problemas que esta hipotética y renegada definición acarrea.

Con ello, este trabajo constará de dos partes diferenciadas que devienen de una firme postura metodológica. La primera será el planteamiento de diferentes problemas que la pobreza ha acompañado desde su origen, tanto en un sentido estrictamente económico como en otros que se derivan mayormente de él. La segunda es una consecuencia de la primera, pues ante tales problemas se han formulado soluciones no satisfactorias y, de alguna manera, se pretenderá dialécticamente una superación. Esta superación no pretenderá ser definitiva, pues somos conscientes de que el conflicto es incesante y su pretensión de infinitud solamente le exhorta a una obligada temporalidad. Hablamos de la Renta Básica Universal (RBU).

Parte 1

En un principio cabría pensar que la pobreza es una consecuencia de la desigualdad económica y que aspectos como la desnutrición, la posesión de bienes de consumo de baja calidad o su carencia, una baja alfabetización y otras tantas cosas serían epifenómenos solamente de esa determinación en última instancia que

Althusser popularizó (Althusser, 1962: 71-106) y que ya Engels rezaba en otros términos (Engels, 1890). Es imposible desligarse al adentrarse en estas coordenadas de un sistema bicéfalo en el que una de sus cabezas está supeditada a la otra, superior, y de ella depende hasta su propia existencia. La ideología y todos los elementos que de ella se derivan están contaminados y supeditados por la economía capitalista y por el ordenamiento que deriva de la división social del trabajo. Pero esta relación no es unidireccional, sino que encontramos una relación de ambivalencia en la Historia más reciente. La economía condiciona todo lo demás, pero no lo determina. Esta libertad, este exceso que no es capaz de sumirse en un sistema circular cuando lo empírico se adentra en el estudio, existe gracias a que la economía también está condicionada por lo ideológico. La relación entre ambas no es tan sencilla, pues ante una relación en la que dos objetos se entretujan por una única de sus cualidades, las suposiciones apriorísticas serán inamovibles a cualquier contingencia. Sin embargo, es esta contingencia la que se ha de incorporar al análisis y que ya se ha incorporado a la artillería capitalista. La naturalización de diferentes monedas, siendo algunas de ellas no físicas; la autoexplotación no solamente como fruto de la deriva luterana que anunció Weber, sino también como una forma de ser buen ciudadano -la uberización-; la excepcionalidad de las disputas nacionales explícitas ante un marco geopolítico que John Agnew denominó como red jerárquica (Agnew, 1998: 233-236)¹. En todos estos casos se puede observar que no solamente la economía influencia o determina la superestructura, sino que a su vez la economía está influenciada en su representación. En una palabra, desde los escritos de Marx la división del trabajo se mantiene intacta en cuanto a su contenido, pero no la forma en que se presenta.

La pobreza, como consecuencia de lo anterior, se mantiene, aunque de diferente forma. La subsistencia ligada a la nutrición,

a un calor corporal mínimo o a la prevención de enfermedades mortales fue abordada por David Friedman, hijo del nobel de economía en 1976 Milton Friedman. Llegó a la conclusión de que la *nuda vida* se cubría con unos pocos de dólares, dando a entender que más allá se encontrarían una enorme gama de posibilidades, fruto de la libertad negativa y de las interferencias de las libertades de otros. En un primer lugar, el marco en el que se emprende este estudio es individual. La tradición republicana o el comunitarismo ofrecerían una alternativa aristotélica en la que la autosuficiencia, que no subsistencia, solamente podría darse desde la *polis*, naturalmente anterior por ser el *telos* el que vislumbra la acción pretérita, pero también porque partir de un sujeto que obligadamente ha de ser gregario carece de sentido. El solipsismo político voluntario es absurdo por imposibilitar la *autarkeia*, pero aún más regresión podemos encontrar en la búsqueda de una buena vida individual al margen de quienes también la buscan, sin una ciudadanía ética detrás. En términos del estagirita, y dado que no cabe posibilidad de otorgar un carácter sagrado a todos, nos convertiríamos en bestias.

Se requiere de una perspectiva cívica que aúne las sensibilidades y necesidades de cada ciudadano con un proyecto colectivo que las haga viables. Se necesita de una solución colectiva actualizada frente a la pobreza. Se necesita poder llevar a cabo una dieta variada y nutrida, pero también un capital tecnológico suficiente como para no quedarse en situación de exclusión, al igual que en el siglo XIX se requería de una camisa de lino para no ser relegado a la marginalidad. El Estado podría posibilitar una vía social a implementar, pero en la homogeneidad social se encuentra otro de los problemas de un abordaje economicista de la pobreza.

¿Puede hablarse de pobreza sin hacerlo desde una torre de marfil? La vida buena encuentra dificultades para sobrevivir en una sociedad postsecular y sobre todo multicultural. Los diferentes modos de vida pueden tratar de plantearse desde la

politología de forma horizontal, pero nunca se comprenderán así desde las profundidades de alguna de estas culturas. La política es conflicto y lo ajeno a lo propio, que no al individuo necesariamente, puede considerarse mejor o peor, no solamente diferente. Los juicios de valor son parte inevitable del análisis en el que se es juez y parte y, por ello, se cae en una encrucijada al estudiar la pobreza que parece llevarnos a considerar algunas cosmovisiones como propias de la vida buena y otras como inferiores o, en su alternativa pretendidamente aséptica, en una quimera no ideológica desde la que sentar cátedra. No es posible sortear la crítica a la ideología sin hacerla, pero la teoría de las capacidades de Amartya Sen alcanza una solución pragmática que, aunque limitada, evita mantenerse en la mera discusión teórica.

En *Sobre conceptos y medidas de pobreza*, Amartya Sen introduce la noción de núcleo irreductible de la pobreza (Sen, 1992: 313). Este concepto permite diferenciar el análisis simplemente económico de los epifenómenos de este que ostentan una pequeña autonomía respecto del objeto que los causa. Además, atendiendo a los problemas ya mencionados, permite encontrar un reducto común en todas las comunidades por muy heterogéneas que sean. Esto no supone una buena vida universal que denigre a aquellos que no la encarnan por incapacidad o por desinterés. Justamente este último es ilustrado por Sen en un ejemplo clarificador. Este es el caso de un asceta que pese a tener una suma muy grande de dinero, lo destina únicamente a pagar una cama, que además resulta ser enormemente incómoda. Al destinar toda su fortuna en su cama, no tiene suficiente como para una dieta lo suficientemente nutritiva. Podría parecer que esta persona cae en la pobreza al no superar el umbral mínimo que denominemos núcleo irreductible de la pobreza. Sin embargo, el sistema de medición no será uno que haga un juicio de valor respecto a las decisiones que se tomen -entendiendo en este caso que se tendría que optar por una cama más barata- para poder

cubrir otras necesidades más básicas. En cambio, se estudiará la capacidad de poder cubrir estas necesidades. La única forma de abordar este complejo estudio será esta, conociendo el costo que suponen tanto la supervivencia como la opción de cubrir aquellas demandas culturales más arraigadas. Encontramos en este punto un desligamiento de un economicismo total que renegase de aspectos culturales o tradicionales por parte de Sen, que elige adscribirse a un marco liberal igualitarista. En una palabra, y sirviéndonos del lenguaje del economista indio, existen características básicas universales, pero estas pueden ser alcanzadas mediante diferentes bienes. Y estos bienes no difieren solamente por la diferencia entre individuos, sino por el ethos en que conviven. El individuo no nace con una tabula rasa, sino que, incluso siendo él disruptivo en todas ellas, estará determinado por las posiciones hegemónicas de su contexto espaciotemporal de nacimiento. Esta tesis no resta un ápice de libertad al individuo. Todo lo contrario. Otorga al individuo la libertad de formular una contrahegemonía, aunque siempre aceptando en parte desde esta negación aquello que pretende superar.

Parte 2

En un intento de otorgarle de los elementos necesarios para que sus posturas puedan sostenerse más allá de una posición formal y alcancen relevancia en el campo material se propondrá una medida tan limitada como beneficiosa en el corto y medio plazo: la Renta Básica Universal.

La Renta Básica Universal es un ingreso individual, periódico e incondicional que se planteará y defenderá como una medida que pese a su carácter reformista es compatible con cosmovisiones diversas, incluida la marxista.

La RBU requiere de ser un ingreso individual por otorgar al sujeto receptor, como se indicaba anteriormente, de la capacidad de trascender, si lo requiere, del ethos en que se enmarque. La familia o el

Estado como elementos vertebradores de nuestra tradición son contingentes, pues pueden ser eliminados, pero nunca se podrá prescindir de la huella que han dejado. Este desligamiento de la familia, que es notorio en las becas y subsidios actualmente existentes, también lleva a la RBU a ser un ingreso periódico. Para las capacidades se potencien completamente y no estén mediadas por la coacción de círculos ajenos al individuo conviene que no haya una suma única que pueda ser repartida entre varios, aludiendo para ello a lazos afectivos. Y de este mismo modo, se requiere que no haya una división social en un bloque que recibe la RBU y otro que no. Por ello, aunque fiscalmente pueda haber mecanismos para una repartición posterior, es imprescindible que sea incondicional. La RBU tiene que ser universal e incondicional, pues se evita con ello el estigma hacia aquellos que la reciben.

Existen muchas más cuestiones que atañen a la RBU, como el ahorro que supondría en burocracia -al no tener que estudiarse exhaustivamente quiénes la reciben y quiénes no, ya que es universal-, la posibilidad de adentrarnos en un contexto postfordista en el que el trabajo no sea el factor que determina la identidad individual en pos del ocio o los estudios acerca del porcentaje de la población que abandonaría su trabajo. Como conclusión no abordaré estas manidas temáticas, sino que lo pretenderé encuadrar como una reforma compatible a varias ideologías robustas. La RBU ha sido defendida por liberales, en un ademán de que la libertad individual no sea solamente formal; por conservadores con tintes sociales, asolados por los estragos del neoliberalismo; o por marxistas y postmarxistas, que no contraponen la revolución socialista a las reformas inmediatas a corto plazo. De especial interés son estos últimos, pues descartan un análisis catastrofista bajo el que la única forma de que triunfe el socialismo es el colapso de la economía capitalista. En cambio, entienden que la liberación de los aspectos más lesivos de la división social del trabajo no hará al capitalismo sostenible, sino que

posibilitarán que las condiciones subjetivas del socialismo sean viables. Así, se muestra cómo tanto desde el marxismo como desde algunas corrientes del postmarxismo -en los casos en que estas apelan a modificar errores pragmáticos de las experiencias pasadas- se pueden apoyar las reformas que mejoran la vida de la clase trabajadora siempre y cuando no se pierda el marco más amplio, que sería el de un socialismo-comunismo ulterior. En una palabra: la RBU es un proyecto limitado y cortoplacista, pero puede paliar las consecuencias de la pobreza más extrema y solamente desde este punto se podrá plantear un horizonte más esperanzador.

Bibliografía:

- Althusser, Louis (1962), *Contradicción y sobredeterminación (notas para una investigación)*. México, Siglo XXI.
- Ardiles, Francisco (2008), «Apuntes sobre la pobreza y su cultura», *Observatorio Laboral Revista Venezolana*
- Engels, Friedrich (1890), *Carta a José Bloch*. Marxists Internet Archive.
- Rey Pérez, José Luis (2020), «Renta Básica Universal», *Economía. Revista en cultura de la legalidad*
- Sen, Amartya (1992), «Sobre conceptos y medidas de pobreza», *Comercio Exterior*